

EL SÍNDROME DE ÁSPERGER

RELACIÓN CON LOS COMPAÑEROS

Entendiendo el problema...

Imaginemos por un momento que abrimos los ojos y nos encontramos en una cultura muy distinta a la nuestra... por ejemplo en Japón. No conocemos el lenguaje, por tanto no nos podemos comunicar. Aunque lo intentamos nadie nos entiende. Tampoco nosotros a ellos. No entendemos las formas en que se saludan, se relacionan. A veces nos parece que hablan enfadados porque lo hacen muy deprisa o con un tono elevado, pero cuando terminan de hablar sonríen. Es confuso. No entendemos las costumbres ni algunas formas de comportarse y aunque intentamos hacer lo mismo que ellos, no sabemos bien por qué, terminan ignorándonos o rechazándonos. Está claro que algo estamos haciendo mal, pero qué. Con el tiempo no es de extrañar que de seguir así preferiríamos relacionarnos lo menos posible. Algo similar es lo que viven las personas con SÍNDROME DE ASPERGER a diario en nuestro mundo social de sutilezas y sobreentendidos. Se sienten perdidos, sin terminar de entender en profundidad lo que ocurre a su alrededor y frustrados por terminar siendo rechazados a pesar de sus numerosos intentos. Si estuviéramos realmente en la situación que hemos imaginado antes, con más o menos tiempo y esfuerzo, seríamos capaces de aprender todas esas normas no escritas. ¿Cómo lo haríamos? Observando todo tipo de indicios verbales y no verbales, sacando conclusiones, inferencias, probando, aprendiendo de los errores y siempre orientados por nuestra empatía que nos indicaría qué siente, piensa o cree la

otra persona. Las personas con SA carecen de estas habilidades y estrategias que acabamos de describir. Ya conocemos sus problemas con la empatía para imaginar lo que otra persona pueda tener en su mente. El déficit en coherencia central hace que tampoco se les dé bien sacar ideas y conclusiones de lo que observan. Las dificultades en función ejecutiva les impiden generar alternativas cuando una estrategia no ha funcionado. Y por último, toda información implícita, como lenguaje no verbal, tonos de voz, gestos, expresiones faciales, etc. les pasa totalmente desapercibida. El radar natural que todos tenemos para este tipo de información a ellos no les funciona. Sin todas estas habilidades, se quedan en el primer punto que describíamos de desconcierto e incomprendimiento de lo que les rodea. Este es el punto de partida desde el que un alumno/a con SA va cada día a clase a relacionarse con sus compañeros de clase y de centro. ¿Cuál es el resultado? Cuando son pequeños en etapas de infantil, lo que podemos observar es que se aíslan, que suelen jugar solos. También pueden darse rabietas y algunas situaciones en las que peguen a sus compañeros. No son agresivos ni tienen intención de hacer daño. Es solo frustración y falta de herramientas para gestionar el mundo que le rodea. Es posible también que su interés por jugar con otros niños les lleve a ser demasiado pesados e insistentes, produciéndose igualmente una respuesta de rechazo por parte de los compañeros. En primaria siguen intentando relacionarse con sus compañeros y tienen la necesidad de tener amigos como todos los niños y niñas de su edad. En estos intentos es fácil que se produzcan conflictos y malentendidos. Los acercamientos son torpes y costosos. No

suelen tener demasiados intereses comunes. El fútbol y las series de moda no les suelen llamar la atención. Quieren jugar con los otros de manera rígida, según sus propias normas. Llevan mal las derrotas y las trampas. A veces su necesidad de tener amigos hace que se acerquen a los compañeros de manera demasiado insistente llegando a agobiarles. El resultado es que con frecuencia los compañeros terminan rechazándolos por sus rarezas. Cansado y frustrado/a el niño o niña con SA prefiere estar solo y dejar de intentar acercarse a otros. En secundaria la situación es bastante parecida, con el agravante de que las relaciones sociales entre iguales se hacen más complejas y centrales en su vida diaria. Además de que en muchos casos los chicos y chicas con SA ya llevan un bagaje previo de desencuentros y conflictos. Esta etapa empieza a ser complicada para ellos. Se pueden volver suspicaces y estar a la defensiva. Ante la duda, cualquier risa será interpretada como burla hacia ellos, aunque en realidad ni siquiera estén hablando de ellos. Comienzan además a tomar mayor conciencia de sus diferencias, lo cual aumenta su frustración y baja su autoestima.

Quieren tener amigos como todos los demás y lo intentan mucho más que los demás, pero aun así continúan solos. Por su parte los compañeros se sienten desconcertados ante comportamientos y actitudes que no entienden. Cuando conocen al chico o chica desde pequeño, a menudo, aceptan todas sus peculiaridades como algo propio de su personalidad y ya está. Aun en estos casos, suelen cansarse de justificar actitudes y comportamientos extraños y a veces ofensivos o perjudiciales

para ellos, de un compañero al que perciben como un igual. Su discapacidad no salta a la vista y por tanto es difícil de justificar. No solamente lo juzgan como un igual, sino que en muchos casos saca mejores notas que ellos y hasta les puede corregir de manera pedante. Y aun así, ven como tienen privilegios del tipo de contar con más tiempo en exámenes, ayuda en trabajos, se les pasa por alto insultos o reacciones desproporcionadas en clase, nunca se les amonesta o pone parte, los profesores le pasan la mano y lo justifican. Bajo su punto de vista es injusto y es normal que también se sientan cansados. Esta situación no beneficia a nadie. Es muy complicada la convivencia para todos. En ambientes así, es fácil que germinen actitudes peores llegando al bullying o al acoso.